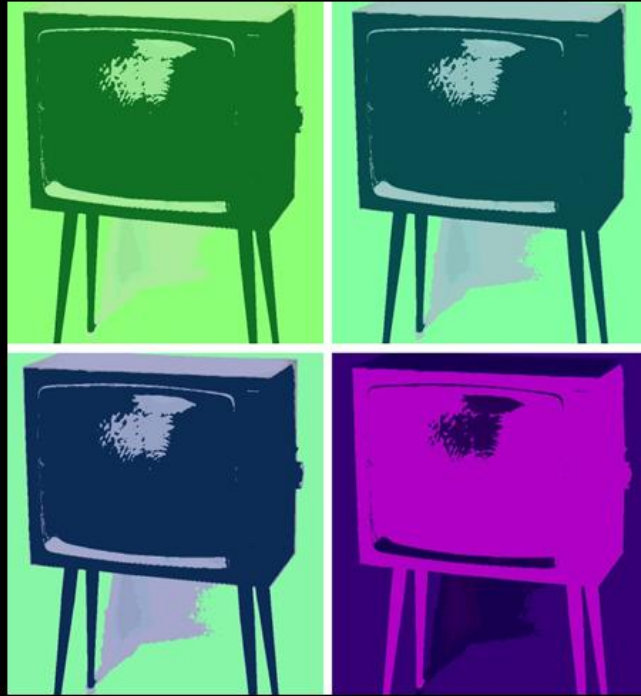


## Los nietos bastardos de Warhol



Óscar Bilbao

[www.losnietosbastardosdewarhol.com](http://www.losnietosbastardosdewarhol.com) / [eltony@losnietosbastardosdewarhol.com](mailto:eltony@losnietosbastardosdewarhol.com)

*“En países tan centralizados como España y Francia, donde hay que triunfar es en la capital. La gloria de provincias es como tirarse a una fea: ha sido fácil, pero no valía la pena”.*

*Francisco Umbral  
“Los Cuadernos de Luis Vives”*

Primer viernes de mes.

¿Y qué diferencia había con cualquier otro primer viernes de mes de toda su vida anterior?

Ninguna.

Allí estaba, en la peluquería de la calle San Francisco esperando para darse sus mechadas rubias, para arreglarse las puntas y engominarlas bien tiesas, formando alrededor de su pelo rapado una corona que le convirtiese en rey de las noches de botellón, *chuntachunta* y *pikachus* de todos los colores.

Otro primer viernes esperando vez para que la Paqui, la peluquera de las tetas gordas, le convirtiese en Señor con derecho de pernada sobre todas las pibas de una noche que duraba treinta y seis horas. Desde el sábado en cuanto se echaba la persiana del súper hasta el lunes a la hora de entrar a currar.

Allí estaba, con la guita bien fresca en el bolsillo. No es que fuese mucha. Al fin y al cabo, lo suyo no era más que un puto contrato a través de una eteté explotadora. Pero esa guita era su guita, qué cojones. Era su sudor, sus broncas y sus malas hostias.

Y había que darle matarile.

Además, no es el momento de amargarse, pensó mientras contemplaba más bien distraído las tetas de la Paqui moviéndose por libre a través de la escueta bata del uniforme, algodón y poliéster a partes iguales y casi transparente a fuerza de tantas puestas, lavados y miradas lascivas. Guapa, lo que se dice guapa, no era. Pero la naturaleza le había dotado con un par de tetas inmensas, rotundas, espectaculares. Unas mamas que, por sí solas, habían conseguido dar al decrepito local una parroquia masculina que ni las ofertas de temporada, el diseño posmoderno y los buzoneos agresivos del "Estilismo para Caballeros Andrés" (cuatro calles más arriba y con una clientela menguante) habían logrado neutralizar. Una renovada fuente de ingresos con la que jamás se hubiese atrevido a soñar la señora Eulalia, resignada a viejas con olor a naftalina y rancio que pasaban a darse el plis de todos los viernes y que, para qué engañarnos, eran carne de esquila fotocopiada empapelando portales y farolas.

Paqui había sido una excelente inversión. Desde que estaba con la Eulalia, por allí desfilaban, en lujuriosa peregrinación, adolescentes necesitados de inspiración para sus pajas sudorosas de antes de dormir, casados con fantasías inconfesables en busca de roces al descuido, jubilados rezando por un milagro postrero que diese una última alegría a unos miembros que hace años dejaron de ser polla, cipote, pito, mango, manubrio, cimbel... para pasar a ser, simple, llana y patológicamente, próstata.

Poco a poco las fotografías, expuestas a todos los soles de mediodía, de una Lady Di que había terminado por coger un tono de princesa eternamente dormida, de protagonista de un cuento que, al contrario que los de hadas no empezó con un velorio y terminó con un beso. Sino que al revés. Qué vulgaridad. Poco a poco, digo, esas fotos que las viejas miraban desde el secador mientras decían, pobrecita, ahora que era feliz, habían sido sustituidas por plebeyas sin estilo y con morros de silicona, modelos anoréxicas con vocación de oenegé, hermanas de toreros con aires de maniquí (como se decía antes) y que nunca fueron más allá de una pasarela de Centro Comercial de provincias, actrices descaradas siempre fuera de papel, cantantes que suplían su poco arte con otras artes aún más antiguas, tertulianos que, sin nada medianamente interesante que contar, torturaban con su pluma de cabaretera de medio pelo al público insomne y anestesiado de los programas de madrugada. Toda una fauna kleenex, de esas de usar y tirar. Y es que ya no les daba tiempo ni a coger esa pátina que deja el sol sobre los carteles otorgando a sus protagonistas, por lo menos, cierto estatus, cierto reconocimiento en la particular imaginería modelada en couché de las parroquianas de toda la vida que aún iban quedando.

Él empezó a ir cuando era aún uno de esos adolescentes pajilleros. Cuántos skyjamas manchó en honor de la Paqui. Cuántos *abanderado* acartonados lavó su madre mientras descubría, entre orgullosa, apenada y confundida que su Tony se les había hecho hombre (mientras no sea un golfo como su padre)

Hasta que un día las tetas de la Paqui se le hicieron de cuerpo presente. Las tetas y todo lo demás. Porque acabó tirándosela el verano pasado en la trasera de su Golf de segunda mano recién estrenado. Él se estrenó a la vez que ese Golf maqueado a conciencia que tantas cajas le había costado repartir. Y además con la reina, con la virgen-puta que se le entregaba en sus pajas de a diario (Infidel sin remordimientos en su onanismo compulsivo, las especiales las reservaba para actrices de teleserie, co-protagonistas de pelis de acción y rubias oxigenadas de revistas porno) Y total, para llegar a la triste conclusión de que era mucho mejor la Paqui inventada. Que tenía las tetas más duras, las bragas más limpias y los gemidos más fuertes.

Es lo que tienen los sueños.

Dejó que su vista vagase por el local, resbalando distraída desde la cumbre de los pechos de su primer amor manual, de su primer polvo ciego y desmañado, hasta el montón de revistas atrasadas, sobadas y reojeadas que se encontraban en la mesita baja de la entrada.

Cogió una. No es que leer fuese su fuerte, pero las tetas de la Paqui, de tan vistas, o al menos imaginadas, porque ver, lo que se dice ver, no pasó de una vez y de mala manera, ya eran tan cotidianas como las broncas de la vieja, los ciegos del finde y las putas cajas del súper.

Empezó a pasar las páginas llenas de personajes con nombre, apellidos, beneficio e, incluso alguno que otro, oficio. Eran de esos de los que hablaban a todas horas su vieja y la vieja de su vieja. Los conocía de oídas, de las interminables charlas coñazo que precedían a las, por suerte escasas, comidas-celebraciones familiares. Como si ellos tuviesen algo que celebrar. Incontables cumpleaños, nochebuenas y demás movidas que él pasaba entre subidones anfetamínicos o letargos de maría. Los conocía del soniquete del televisor que presidía el salón-comedor. Y ahora, por vez primera, se los encontraba cara a cara. A ellos y a sus vidas impresas en tinta negra sobre couché. Unas vidas al detalle que, por su inesperada cotidianeidad no tardaron en atraparle.

Coño, si es que contaban todo lo que hacían. Que si este se tiraba a la otra, que si la otra se lo montaba con el de más allá. Que si la de más allá se empastillaba. Joder, lo que él y sus colegas hacían cada fin de semana. Así, cada día. Y por la cara. Muy despacito, una idea fue abriéndose paso entre sus neuronas. Y es que cada vez le costaba más pensar, fijo que era culpa del puto trabajo en el súper, que le atontaba. Tanto madrugón y tanta hostia.

¿Por qué no podía ser él uno de ellos? Salir en las revistas, tirarse a las azafatas del Telecupón en un bungalow de Torre Vieja, Alicante. Y, encima, que te paguen por contarlo.

Que su nombre apareciese en las revistas del colorín y que su vieja y la vieja de su vieja hablasen de él en esas comidas-celebraciones familiares para algo más que para darle la vara con eso de que no iba a llegar a nada, que iba a acabar en el talego como siguiese con esa gentuza, que si qué está abierto un domingo a las ocho de la mañana...

Todas las pibas que ahora no le hacían ni puto caso leerían su nombre en las revistas. Y todas querrían follar con él. Y él elegiría.

El Tony en Marbella. El Tony, nuevo acompañante de Fulanita. Fulanita dice: El Tony es un tigre en la cama. El Tony, El Tony...

- Tony, coño, pasas a lavarte la cabeza o qué.

Otra vez la Paqui. Otra vez jodiendo sus sueños.

- Vale, vale, tía. Pero no me rayes.

Ya en el sillón, y mientras ella iba pasando la maquinilla por su nuca, el pensamiento de El Tony, inscrito el nueve de mayo de mil novecientos ochenta y tres en el Registro Civil de Bilbao como Antonio Infante Amasa, hijo de Antonio Infante, natural de Palencia (Palencia), y de Petra Amasa, natural de Munguía (Vizcaya) y bautizado quince días después en la parroquia de San Francisquito estaba lejos, muy lejos. Diez minutos después, desafiando al filo de las tijeras que en esos momentos recortaban las puntas de su cresta, se dio la vuelta y subiendo la vista de las protuberancias que tenía frente a sus ojos hasta los ojos de la Paqui, anda, si los tiene marrones, le soltó:

- Piba, voy a ser famoso y voy a salir en todas estas revistas.

- Vale tío, pero acuérdate de que el primer polvo lo echaste conmigo.

Bum. Bum. Bum. Bumbum.

Aquello molaba.

Noche del sábado, o mañana del domingo, o... ¿qué coño importa? Allí estaba, rompedor. A su lado, sus dos coleguitas de toda la vida, el Pelopo y el Peloco, dos gemelos con los que se había agarrado sus primeros ciegos, con los que había magreado a sus primeras pibitas, con los que se había metido en mil y una movidas.

Hacía muchos años que se conocían. Quizás hasta fuese él quien les puso los moteles en el principio de su adolescencia. Como es de suponer, a Cosme y a Damián no les hizo maldita la gracia. Y es cierto eso que se cuenta de que hicieron todo lo posible para evitarlos. Amenazas, palizas, chantajes, hasta raparse al uno intentaron. No hubo manera. Desde los catorce años perdieron sus nombres de bautismo para todos y cada uno de los habitantes del barrio. Menos para su madre. E incluso a ésta alguna vez se le escapaba cuando, harta de currar, llegaba a casa reventada y con ese olor a pescado que ni con lejía te quitas, para preparar la cena de un marido y cuatro hijos, y soportar cómo los cinco dejaban enfriarse los filetes empanaos en los platos de duralex sin tan siquiera aparecer por la cocina. Uno con su fútbol y su cerveza del Lidl, otros con sus juegos y cigarros a escondidas, hasta que la mujer acababa por asomarse a la ventana gritando entre barras de un colgador lleno de bragas del Todo a 100 y calzoncillos Oceán.

- Peloooooocooooo, Peloooooocooooo, subid de una coño vez a cenar que os parto la crisma.

Aunque, en su descargo, habría que decir que la señora nunca se preguntó qué significaban los alias en cuestión. Quizás es que nadie se atrevió a decírselo. Quizás es que habían heredado de ella los rizos negros y cerrados. Quizás es que la señora Paula estaba de asentadora de pescado en el Mercado de la Ribera. Y que se calzaba una mala hostia que no veas.

Quizás es que a nadie le hace ninguna gracia que le llamen “pelopolla”. Ni “pelocoño”. Que para el caso da lo mismo aunque sea lo contrario.

Años después, se darían cuenta de que, en su mundo, quien no tiene un mote no es nadie. Y los suyos les servían al menos para ruborizar a las niñas pijas de Neguri que se dejaban caer por La Columbus en un momento de despiste, en una despedida de soltera o en un vete a saber qué búsqueda de placeres prohibidos que sólo la chusma macarra y pastillera puede aportar a señoritas educadas en un colegio bien.

Bum. Bum. Bum. Bumbum.

La música no sonaba en los tropecientosmil vatios de sonido repartidos entre las nosécuantasdecenas de altavoces high-tech estratégicamente repartidos por la antigua nave industrial, víctima de una reconversión salvaje, testigo de la lucha de los que un día se armaron con tornillos y cohetes dispuestos a lo que fuese por el pan de esos mismos chavales, sus hijos, que ahora se ponían hasta el culo de mierda entre las cuatro paredes de lo que fue esa empresa en la que se dejaron la salud y la ilusión. No. La música sonaba dentro de uno. Bien dentro. Parecía que se te iba a reventar todo. Desde los tímpanos hasta los huevos.

Aquello sí que molaba.

La Columbus estaba en pleno apogeo. Estaban los tres juntos. Inseparables. Bien puestos de todo. La noche era suya.

- Tios, esto mola.

Ni le entendieron. Ni le escucharon. Ni falta que hacía. Sólo le miraron a través de sus pupilas dilatadas, del humo del cañón, de las luces desquiciadas, de los vatios desbocados. Sólo sonrieron con una mueca levemente desencajada. La noche era suya. La pista era suya. Las pibas eran suyas.

Cada fin de semana se repetía el mismo ritual. Cada sábado salían a comerse el mundo. Y cada lunes por la mañana el mundo se los había comido, digerido y los vomitaba sin misericordia. A ellos y a la nómina chungueta que les pagaban los de la eteté. A ellos y a las pastillas, a la gasofa, a las jais que les ignoraban y a las que no. Todo acababa desapareciendo por el desagüe del retrete de ese bar frente al Ayuntamiento donde vomitaban los excesos del fin de semana antes de meterse entre pecho y espalda, acompañados por los jadeos de la protagonista de la peli porno de bajo presupuesto y tarjeta pirateada, por los currellos del solysombra, por meterse, digo, un par de pinchos de tortilla y un carajillo antes de volver derrotados y con la boca estropajosa a unos curros donde la puta realidad esperaba con paciencia el retorno al redil de los hijos pródigos de necesidad y guita fresca.

Esto tenía que cambiar. Entre la nebulosa que era su cabeza, entre los vómitos, los jadeos doblados con desgana sobre los jadeos desganaos de la versión original y el olor a purito farías, le volvió el gran pensamiento que tuvo el viernes donde la Paqui. Joder, le seguía gustando la idea. Tanteó en los bolsillos de su bomber hasta encontrar ese billete de diez euros que guardaba bien enrolladito para las “rondas” de cuarto de baño. Bueno, al fin y al cabo lo que iba a hacer era una inversión.

Después de separarse de sus colegas, entró en uno de esos quioscos-papelerías-tiendas de regalo llenos a reventar de fascículos coleccionables esparcidos por los suelos, chucherías en urnas de plástico, expositores cargados con bestsellers en edición bolsillo y libros de autoayuda que tan de moda se han puesto. Por todo el lateral, a la derecha y hasta el fondo, casi cinco metros de estantería con decenas de revistas cuidadosamente ordenadas por secciones como si de una biblioteca de Alejandría de la intrascendencia y la fugacidad se tratase. Después de orientarse entre tanta quincalla y papel impreso, El Tony comenzó a coger revistas. Nunca hubiese imaginado que podía haber tantas. Y la vieja del chiringuito no le quitaba ojo. Así no había manera. Una, otra, otra... Bueno, para empezar era suficiente.

- Son diez con cincuenta. ¿Sólo tienes diez? Bueno, majo, no importa. ¿Que son, para tu abuela?

- No. Son para tu puta madre.

Contestó saliendo por la puerta sin mirar atrás y sin olvidarse de coger de nuevo los diez euros que había dejado sobre el mostrador.

Por lista.



## **Contacto**

[oscar.bilbao@gmail.com](mailto:oscar.bilbao@gmail.com)

## **¿Cómo conseguir tu libro?**

De momento, agotado. Próximamente, segunda Edición en papel y en digital